

PREMIO NOBEL

- ¿Te encuentras mal? - le preguntó a Manu su hermano mientras le sujetaba con una mano para evitar que cayera al suelo.

- No, no te preocupes. Estoy bien. Ha sido un mareo momentáneo, pero se me pasará.

Sabiendo que sería una pérdida de tiempo insistir sobre el tema, Mariano, el hermano de Manu, cayó. Sin embargo, estaba preocupado. Desde que su hermano volviese del viaje de fin de curso su salud había ido empeorando. Tenía miedo que hubiese cogido algún tipo de enfermedad rara y no lo quisiera decir. La palidez natural de su rostro, resultado de pasarse horas y horas en la biblioteca leyendo o estudiando, se encontraba más acentuada de lo normal. Nunca antes había tenido los ojos tan hundidos, y jamás tuvo ojeras.

Y, luego estaba la herida. Esa herida en el antebrazo formada por dos agujeros apenas imperceptibles que nunca desaparecían. Por las noches, antes de que Manu saliera a la calle, daban la impresión de haberse cerrado, pero por las mañanas, volvían a estar ahí, brillantes por la sangre horas antes derramada. ¿Qué era lo que provocaba semejante herida? Manu se limitaba a sonreír sin contestar cada vez que se lo preguntaba.

Y, estaban esas salidas nocturnas. Todas las noches salía sobre las once de la noche y no regresaba hasta el alba. Por el día, dormía levantándose únicamente para comer. Si no fuera por los rumores que corrían en torno de su hermano y por los libros tan raros que últimamente estaba leyendo, Mariano nunca habría sospechado que ocurriese algo raro. Su hermano, en más de una ocasión, cuando le bullía en la mente alguna idea o algún experimento, solía encerrarse en su laboratorio - un pequeño estudio alquilado para tal fin - olvidándose de todo, hasta de comer. Y es que, como dicen, los físicos están locos y su hermano, si bien todavía no se había licenciado, le faltaban tan solo unos pocos meses para estarlo. Pero en esta ocasión algunos vecinos le habían visto rondar el cementerio a muy altas horas de la noche. Y a eso había que añadirle su reciente afición por los vampiros.

Mariano entendía que habiendo ido a Transilvania de viaje de fin de curso su hermano se interesara por las supersticiones del lugar, pero ahí debería de quedar todo: en simple curiosidad. Pero es que últimamente devoraba todo tipo de documentación relacionada con los vampiros, desde novelas hasta testimonios de personas que aseguraban haberlos visto. Y parecía que el transcurrir de los días convirtiese a su hermano mismo en vampiro: la herida de dos puntos (¿serían los colmillos del monstruo?) que nunca cerraba, su palidez extrema, su debilidad. Que saliera todas las noches como si su amo, el vampiro, lo reclamase para que le diese de comer o le sirviese. Su interés repentino por las criaturas de la noche. Los rumores que decían que paseaba por el cementerio cuando, según los cuentos, los muertos despiertan. Pero sobre todo, lo que más aterraba a Mariano últimamente, era el primer rumor, un rumor considerado inicialmente como solemne estupidez pero que viendo el discurrir de los acontecimientos cada vez se tomaba más en serio. Según Juanjo, considerado el tonto del pueblo, Manu, el día que regresara de su viaje de fin de curso, en vez de ir directamente a casa para ver a su familia, pasó antes por el cementerio descargando *un bulto muy grande*. Después de invitarle a un helado, el tonto definió más precisamente lo de bulto muy grande. Según él, el hermano de Mariano bajó de la furgoneta en la que había venido un ataúd. El tonto lo estuvo buscando al día siguiente sin poder encontrarlo. ¿Qué había hecho Manu con el féretro? Nadie lo sabía. Todos se rieron de Juanjo mientras lo contaba, pero para Mariano las palabras del

tonto, a la vista del comportamiento de su hermano, comenzaban a adquirir un nuevo significado. Temía lo peor.

¿Qué harías si sospecharas que tu hermano está siendo vampirizado? Vas viendo cómo, según pierde la sangre día a día, palidece su piel, se debilitan sus músculos. Si no fuera por el brillo de sus ojos que lo reconoces, tan brillantes como ascuas, como cuando andaba inmerso en alguno de sus experimentos, tendrías delante tuyo a un desconocido. Pero lo más triste del caso es que, si es verdad todo lo que cuentan sobre los vampiros, no es tan fácil desvampirizarlo. A tenor de las supersticiones, son capaces de hipnotizar a sus víctimas incluso a distancia. ¿Cómo podría convencer Mariano a su hermano si éste no es consciente de su hipnosis? Imposible.

Estas reflexiones entristecían sumamente a Mariano. Sólo veía un camino: averiguar si realmente todo lo que creía era cierto y en caso de serlo acabar con el monstruo que desangraba noche tras noche a su hermano. Pero ¿y si cuando tuviese la certeza ya era demasiado tarde? ¿Qué haría? ¿Tendría que acabar con Manu? Mejor que no pensará en ello.

Decidido como estaba a averiguar la verdad, Mariano comenzó sus averiguaciones. Esperó a que su hermano saliera de noche y le siguió. Sin embargo, no se dirigió al cementerio como pensaba, sino al estudio en donde solía hacer todos sus experimentos. Allí pasó toda la noche. Media hora antes de que amaneciera Mariano regresó a su casa, un poco más tranquilo al comprobar que los rumores solo eran eso: rumores sin fundamento. Mientras su hermano daba los buenos días al entrar en casa cinco minutos antes de que amaneciese, Manu, desayunando en la cocina, observaba la herida de su antebrazo. Esa noche no había sido reabierto. ¿Por qué? ¿Es que acaso había descubierto que le seguía y optó por despistarle yendo al laboratorio en lugar del cementerio? Pero estaba seguro de que no le había visto. ¿O quizás se equivocase? Tenía que comprobarlo.

Como su hermano dormía profundamente durante las mañanas, decidió ir al laboratorio a investigar.

El estudio era pequeño, formado únicamente por una habitación de unos veinte metros cuadrados y un servicio totalmente amueblado. Parecía que, efectivamente, Manu había estado trabajando la noche anterior en algún experimento. Y debía tratarse de algo óptico, según indicaba el láser enfocado contra un trozo de tela, todo ello, dispuesto en línea recta con un prisma y una sábana a modo de pantalla. Si bien Mariano no era físico, sino químico, sus conocimientos de óptica eran suficientemente amplios para entender el dispositivo. Su hermano estaba estudiando el trozo de tela. Pero ¿qué interés podía tener? Intrigado se acercó a mirarlo con más detenimiento. No, no era tela. De lejos sí lo parecía, pero ahora que lo miraba de cerca... ¿Qué era? Por un lado era de color carne, mientras que por el otro rojizo. Al tocarlo se asustó mucho pues el supuesto trozo de tela, crujió y estuvo a punto de partirse. Sabía perfectamente que su hermano no le perdonaría nunca si le destrozaba una muestra.

Si bien Mariano no consiguió averiguar gran cosa en el laboratorio, mientras volvía a casa se notaba más ligero. Su hermano estaba investigando algo relacionado con la luz y eso no tenía nada que ver con los vampiros. Aliviado, volvió caminando despacio a casa.

Cansado por haber estado toda la noche sin dormir se acostó. Cuando abrió los ojos ya era bastante tarde. Intrigado como estaba por el tipo de experimentos que pudiera estar llevando a cabo su hermano decidió ir a hablar un rato con él y ver si era capaz de sonsacarle algo. Sabía perfectamente lo cerrado que era al respecto. No le gustaba hablar sobre sus investigaciones por dos motivos principalmente: uno, que

si estaba equivocado en sus razonamientos al no comentárselos a nadie no tendría luego que admitir su error; otro, para evitar que nadie se le adelantase en sus investigaciones en caso de que fuese por el camino correcto. Pero Mariano rebosaba de curiosidad por conocer el secreto de su hermano e intentaría cualquier cosa para lograrlo. Decidió entrar en la habitación de Manu sin llamar, justo en el momento en que oyese que éste se estaba preparando para irse. Conocía sus costumbres y sabía que guardaba con él todo aquello que considerase de fundamental importancia para el desarrollo de sus experimentos. Si entraba en el momento justo en su cuarto posiblemente podría ver algo que le indicase por dónde iba el hilo de sus pensamientos.

Cuando lo creyó oportuno, entró en la habitación de su hermano sin llamar. Manu, sentado sobre la cama, guardaba en una pequeña mochila una caja pequeñita de cartón. A su lado se podía ver una jeringuilla. Al verse descubierto, saltó de la cama interponiéndose entre ésta y su hermano, increpándole para que se marchase e indicándole que llamase antes de entrar. Sin embargo, Mariano lo había visto todo. ¿Para qué quería una jeringuilla?

Mientras salía del cuarto, las ideas se iban agolpando en su mente. No podía ser. No podía creerlo. Su hermano... ¡no!. Ahora encajaba todo, las heridas en el brazo, tan finas como si fuesen echas por una aguja, reabiertas todas las noches; las visitas al cementerio, donde según muchos se reunían los camellos para vender drogas sabiendo que la gente normal nunca iría por culpa de las supersticiones. Pero no llegaba a entender por qué tenía dos heridas y no solo una. ¿Desde cuándo los drogadictos se pinchan dos veces? Y, aunque sus razonamientos parecían ser totalmente correctos, le resultaba imposible ni siquiera imaginar que su hermano hubiese caído en semejante degeneración. ¿Por qué lo haría? ¿Acaso quería sentir nuevas experiencias? Lo dudaba. No podía creer en sus propios pensamientos.

Tumbado en la cama, con la mente incapaz de descansar, buscaba los posibles errores de su teoría. Pero, cuanto más pensaba sobre el asunto, más se convencía. Los pinchazos aparecieron después del viaje a Transilvania, con lo que tuvo que ser en esta tierra en donde adquiriera semejante vicio. El cajón, que según el tonto debió bajar en el cementerio, estaría lleno de droga para abastecerlo durante unas cuantas semanas. Pero si esto era así, quizás su hermano se hubiese convertido él mismo en camello, siendo el intermediario de algún tipo de banda nueva que se quisiera introducir en España. Sus fugas nocturnas al cementerio eran para buscar el alimento de su vicio. Por eso tenía las heridas en el brazo.

Pero como es la experiencia quien debe ser la guía de todo razonamiento, Mariano decidió comprobar punto por punto. Al haber visto a su hermano con una jeringuilla sobre la cama pensó que esa noche tenía intención de pincharse. Le seguiría y vería qué hacía.

Manu, andando lentamente, dirigió sus pasos al cementerio en lugar de ir al laboratorio. La noche era cerrada y Mariano pudo esconderse fácilmente en la oscuridad. Su hermano, con una agilidad digna de un gato, saltó sin ninguna dificultad el muro del cementerio. Parecía como si supiese dónde poner exactamente los pies. A Mariano la tarea no le resultó tan sencilla, magullándose por completo las puntas de los dedos, y cayéndose más de una vez antes de conseguir saltar la pared. Cuando, después de muchos intentos, lo logró, su hermano había desaparecido entre la negrura de la noche. Despacio, evitando meter ruido para alertarlo, fue recorriendo tumba tras tumba en su busca. Transcurrido un buen rato pudo verlo gracias a una linterna que su hermano había sacado de la mochila y usaba para iluminar sus extrañas actividades. Un escalofrío recorrió la espalda de Mariano al ver la jeringuilla ya usada apoyada junto a la

linterna. Su hermano, delante de un ataúd abierto, sostenía en una mano unas tijeras, mientras que en la otra... ¡pelo! Aunque no daba crédito a sus ojos, Mariano juraría que se trataba de un mechón de pelo. ¿Acaso la droga volvía loco a Manu, dedicándose a cortar el pelo a los muertos? ¿Qué tipo de ritual estaba llevando a cabo y cuál era su finalidad? Verlo allí, en medio de la oscuridad, iluminado su rostro por el débil foco de luz de la linterna, cortándole el pelo a un muerto fue demasiado para Mariano. Las piernas le fallaron, obligándole a sentarse sobre una losa, mientras hechizado continuó observando a su hermano. Pero éste se limitó a guardar en la mochila el mechón de pelo, las tijeras y la jeringuilla. Sacó un martillo y sin ni siquiera ponerse de pie clavó de nuevo la tapa. La droga que tomaba debía ser muy fuerte, pues intentó levantarse un par de veces sin conseguirlo. Se le veía más pálido, si cabe, que por la mañana. Era como si la droga consumiese su vida, pero él no parecía estar muy a disgusto por ello. Sus ojos brillaban mientras su cuerpo se deterioraba. Después de permanecer un rato sentado, supuso Mariano que esperando se le pasasen un poco los efectos, consiguió levantarse. Empujó el ataúd, dejándolo de nuevo en su sitio, apagó la linterna y se marchó.

Cuando los pasos se hubieron alejado lo suficiente, cuando Mariano estaba seguro de no ser ni visto ni oído, caminó hasta el lugar en donde su hermano había invocado al hermano mayor de Baco. Lo único que pudo hacer fue sacar el ataúd de su sitio. Sin las herramientas adecuadas sería incapaz de arrancar la tapa para poder ver qué tipo de rituales llevaba a cabo su hermano. Dejando el ataúd como lo encontraría, decidió esperar a que Manu fuese alguna noche al laboratorio para acudir al cementerio con un cincel, tenazas y martillo para dejar al descubierto las barbaridades que estaba llevando a cabo con los muertos.

Al día siguiente, cuando Mariano vio a su hermano observó sin extrañarse que sus heridas estaban abiertas de nuevo.

Esperó la noche con impaciencia, sin apenas dormir. El cansancio, unido a la tensión nerviosa generada por el descubrimiento del secreto de su hermano, empezaba a hacer mecha en su moral. No sabía cómo actuar, cómo hacer entender a Manu que la droga no es la solución a ningún tipo de problema y que los rituales llevados a cabo en el cementerio no podrían tener ningún buen fin. Si antes ya era duro despertar y encontrarlo cada día más pálido, más débil, suponiendo que la causa de ello era una enfermedad, ahora el peso de saber que era su propio hermano quien estaba causándose a sí mismo el daño parecía aplastarle. Y lo peor de todo es que no sabía qué hacer. La mente de su hermano siempre había sido muy lógica, a veces demasiado, y para que llevase a cabo cualquier tipo de experimento solía tener muy buenas razones. Si esto era así, era claro que tenía que tener algún motivo muy importante para comportarse como lo estaba haciendo. Con él no bastarían simples palabras. Pero para poder razonar con él, intentando sacarlo del error de la droga, necesitaba tener más datos sobre los rituales que llevaba a cabo. Esa noche, saldría antes que él y se apostaría en el cementerio esperándole. De esta forma vería la totalidad de sus macabras actividades.

En esta ocasión, no se cayó tantas veces al intentar saltar el muro del cementerio. Estaba cogiendo práctica. Buscó el lugar donde descansaba el ataúd usado por su hermano la noche anterior y se asentó tres losas más atrás, en una posición desde donde podía ver todo sin ser visto. La agonía de la espera fue bastante peor de lo que él pensaba. Sólo, en el cementerio, rodeado únicamente por los muertos, esperando a cada momento ser asaltado por alguno, miraba la aguja del segundero animándola a llevar a cabo más deprisa su cometido. Pero en lugar de animarla parecía lograr justo todo lo contrario. La aguja

se movía más lenta de lo normal, como si no quisiera avanzar, temerosa de los acontecimientos que pudieran suceder cuando dieran las doce y Manu entrara en el cementerio.

Después de una eternidad, apareció el hermano de Mariano, caminando despacio entre las losas. Dejó la mochila en el suelo, sacó la linterna de dentro encendiéndola y sacó el féretro de lugar en que descansaba. Con un cincel, desclavó la tapa. Sin quererlo, Mariano dejó de respirar. Su corazón dejó de latir. Él mismo dejó de existir, convirtiéndose en unos ojos inmensos que contemplaban cómo la tapa del ataúd caía estrepitosamente hacia un lado. Tenía miedo de lo que iba a ver, pero era incapaz de apartar su mirada. En el interior, pudo observar a un hombre elegantemente vestido tumbado. El cadáver no estaba corrompido lo más mínimo. De entre sus labios, que destacaban por tener un color rojo demasiado intenso para un muerto, asomaban unos dientes incisivos muy afilados. Mariano no podía creer lo que estaba viendo: ¡a un vampiro!. Los razonamientos de los días anteriores volvieron a su mente. Pero si las dos heridas de su hermano eran generadas por las mordeduras del vampiro, ¿para qué quería la jeringuilla? El misterio pronto quedaría resuelto, puesto que en ese mismo momento, Manu la estaba sacando de su mochila. Pinchó la aguja en una cápsula llena de un líquido espeso (la droga, pensó Mariano), y sin dudar, y con la facilidad que da la práctica, se la clavó al cadáver en el cuello. En menos de dos segundos había vaciado toda la droga en el interior del vampiro. Luego, dejó a un lado la jeringuilla, e impregnando un algodón de alcohol, se frotó las dos heridas, para, a continuación, hincar los incisivos del muerto en ellas. El vampiro de forma mecánica comenzó a succionar.

Mariano, incapaz de reprimirse, mientras se ponía de pie de un salto, soltó un grito de horror. Su hermano, lentamente, volvió la cabeza y sin dejar de dar de comer al cadáver, increpó a su hermano que se callará, no fuese a despertar a los muertos. Su voz sonaba débil, probablemente por la pérdida de sangre, pero era tajante. Mariano, en lugar de salir corriendo, vio una oportunidad para que se aclarase todo. ¿Qué era lo que pretendía hacer manteniendo vivo a un vampiro?

- Supongo - comenzó hablando Manu - que te preguntas qué es lo que estoy haciendo y por qué. Sí, no le mires con esos ojos, se trata de un vampiro de verdad, de esos que chupan la sangre y son capaces de convertirse en murciélagos. Me conoces perfectamente y sabes que siempre me he sentido fascinado por todo tipo de cuestiones físicas o químicas. Toda la vida he rechazado la existencia de vampiros, hadas, ogros y demás criaturas inventadas por la superstición. Por eso, cuando en el viaje a Transilvania le encontré a él, me emocioné. ¿No te das cuenta de que posee propiedades físicas y médicas la mar de interesantes? Por ejemplo, su imagen no se refleja en el espejo, y son inmortales. Imagínate si consiguiéramos averiguar el secreto de su inmortalidad las puertas que se nos abrirían. Pero siendo físico he optado por comenzar a investigar primero las cuestiones más afines a mi carrera, como el problema de que no se reflejen en los espejos, antes que estudiar su inmortalidad. Pero todo llegará. Por eso le mantengo con vida, sedándole casi todas las noches para que no despierte y se revele.

>> La verdad, es que es un ser maravilloso. Si acercas un espejo podrás ver que efectivamente no se reflejan. En principio, esto parecía ir en contra de la óptica normal, pero después de pararme a pensar un rato comprendí que no era así. De todas formas, hubiese preferido que fuese en contra de la teoría de la luz actual. Imagínate lo que supondría eso: que la teoría es incorrecta, al ser incapaz de explicar una nueva experiencia. Nos abriría todo un campo de investigación en donde poder dar rienda suelta a nuestra imaginación. Sería maravilloso. Pero no ha sido así. Parémonos a pensar un poquito sobre ello y veremos

que no se trata sino de un fenómeno más dentro de la teoría. ¿Por qué puedo ver a un vampiro? Porque sobre él incide luz que es reflejada por su cuerpo. Esta luz cuando llega a mis ojos forma la imagen en mi mente. Cuando miramos a través de un espejo, lo que vemos es la luz reflejada en él procedente del cuerpo que estamos mirando. Pero en el caso de un vampiro no lo vemos. ¿Por qué? Simplemente, porque la luz reflejada por el vampiro no se refleja en el espejo sino que la atraviesa como si se tratase de un cristal. Es normal que en los cuentos sobre vampiros no se hable de este hecho, puesto que no es normal mirar a una persona a través de un espejo, sino que lo normal es mirar su imagen reflejada. ¿Te imaginas a alguien descolgando un espejo de la pared y mirándote a través suyo? Pensarías que está loco.

>> Para poder comprobar si mis razonamientos eran correctos o no, le arranqué un trozo de piel, que llevé al laboratorio. Una vez allí, hice incidir sobre ella luz de un láser y coloqué un espejo. La luz del láser reflejada por la piel, en lugar de reflejarse en el espejo lo atravesaba. No podía ver la piel reflejada, sino que la veía a través de él. El espejo se comportaba como un cristal. Mis razonamientos eran correctos. Mis manos temblaban ante semejante descubrimiento. Como la luz normal no puede atravesar los espejos, es claro que la piel del vampiro no refleja este tipo de luz. La absorbe toda. Pero, entonces ¿qué es lo que refleja? Refleja un tipo de luz desconocida para nosotros, capaz de atravesar los espejos, pero no mis ojos (por eso precisamente vemos al vampiro, sino sería invisible). Estamos ante un nuevo tipo de radiación. ¡Estamos haciendo historia! Supongo que el estado de nerviosismo en que me encuentro lo debió sentir Hertz cuando descubrió a finales del siglo XIX las ondas de radio. A este tipo de ondas, las he bautizado con el nombre de ondas vampíricas de luz. Las aplicaciones técnicas de ellas pueden ser infinitas. Quiero mantener mis investigaciones en secreto, hasta tener desarrollada instrumentos capaces de generarlas y de controlarlas. En ese momento, publicaré todas mis investigaciones, sin mencionar, por supuesto, en ningún momento a los vampiros. Seguro que por ello recibo el premio Nobel.

>> Supongo que la constitución de los vampiros posee algún tipo de molécula que refleja éste tipo de luz, porque ayer repetí el mismo experimento con el pelo y ocurrió lo mismo. Que no se hayan descubierto las ondas vampíricas hasta el momento no es de extrañar: basta con suponer que las sustancias normales se comportan de forma contraria a la piel del vampiro: absorben las ondas vampíricas y reflejan las ondas de luz.

>> Sabiendo lo que sabes ¿qué vas a hacer? ¿Me ayudarás? La verdad es que necesito ayuda. Cada día estoy más débil, pero tengo que seguir dándole de comer. Si somos dos, nos será más fácil, podemos turnarnos. Además, tú podrías comenzar a investigar por qué son inmortales. Piensa en las posibilidades que teóricas y prácticas de ello.

Mariano se había emocionado escuchando las palabras de su hermano. Sabía lo que sentía, porque el mismo podía sentirlo. Encontrar un agujero en una teoría era lo más maravilloso que podía ocurrirle a un científico. Ser incapaz de explicar algo abre un montón de posibilidades. Demuestra que la teoría es errónea: hay que tirarla y empezar de nuevo. Claro que le ayudaría. Pero su mente estaba pensando en otras muchas cosas. Porque si los vampiros realmente existen, ¿por qué no puede ocurrir otro tanto con los fantasmas? Sería maravilloso capturar uno, sedarlo, e investigar sobre su capacidad de atravesar las paredes. Un mundo de posibilidades se abría ante ellos...

Autor: AMLP